

Carta de Venezuela

Encuentro de revistas

Asisto, como representante de *Solar*, al Primer Encuentro de Revistas Culturales celebrado en este país. Ya es paradójico, o sea, significativo, que hayamos tardado tanto en organizar una reunión de este tipo. Recuerdo, sin embargo, otro que tuvo lugar hace diez años, convocada por Angel Rama: su carácter casi íntimo —seis o siete personas— se compensaba con su pretensión o intención «continental»: allí estaba Nilita Vientós por la revista *Sin nombre* y alguien más por —me parece— la *Revista de Literatura Iberoamericana*. Poco, desde luego, para inscribirse en los anales. Algo, no obstante, para reflexionar en el encogimiento de la perspectiva. Ya ni pensamos en el resto de Latinoamérica cuando, aquí mismo, ni siquiera tenemos clara noticia de nosotros.

Se trata, entonces, efectivamente del Primer Encuentro... Una Caracas rabiosamente lluviosa contribuye a la melancolía general. La sede modernísima del Centro de Estudios Latinoamericanos «Rómulo Gallegos» (CELARG), uno de los patrocinantes de la reunión (los otros son el Consejo Nacional de la Cultura, CONAC, y el Instituto de Cooperación Ibero-Venezolana, ICIV), está prácticamente inundada en su planta baja. Chorrea agua por todas partes. En la calle, a veinte metros de la entrada, yace un árbol enorme partido por un rayo. El escenario es perfecto. Toses y estornudos van a puntuar los tres días de conversaciones «otoñales» —como quiera que sea, estamos en octubre— de una veintena de editores que representan a la mitad de las revistas culturales venezolanas.

Dicho sea a ojo. Pues, a ciencia cierta, no sabemos cuántas son. En cualquier caso, aquí hay gente de *Ima-*

gen y de la *Revista Nacional de Cultura*, ambas del CONAC; de *Folios*, el recién resucitado órgano de Monte Avila Editores. De *Poesía*, *Zona Tórrida* y las otras cuatro revistas de la Universidad de Carabobo. También «la provincia» está presente: *La Oruga Luminosa* por el Estado Yaracuy, *Solar* por los Andes. No alargaré la lista. Tampoco, incluyendo a los ausentes. Nadie sabe por qué no han venido. Llegaremos a no saber por qué hemos venido.

Entre nosotros, dos seres de excepción: el cubano Edmundo Desnoes, accidentalmente residenciado en Venezuela, a quien se ha invitado para que hable de su experiencia en *Casa de las Américas*. Y, ah, una lectora, por supuesto anónima. Es cierto que el encuentro estaba abierto al público, pero de ahí a que efectivamente aparezca alguien... ¡Y con esta lluvia!

No hay temario. No hay «mesas de trabajo». Los organizadores materiales del evento —miembros de la Dirección de Literatura del CONAC— han querido propiciar, literalmente, un «encuentro». Casi una fiesta sorpresa. En un largo mesón, se amontonan los últimos números de la quincena de revistas que representamos. Nos comportamos como en un gratuito *self-service*, salimos con las manos llenas. Y asombrados: para cada uno, es una sorpresa que tal publicación siga existiendo, que la otra haya vuelto a aparecer, que haya una nueva. Así de comunicados estamos.

Se alienta el «testimonio», más que la discusión. El resultado es un largo lamento, en cuyo treno nos alternamos. Dos motivos principales —entrega y salida del túnel revisteril—: el financiamiento y la difusión.

Del lado del financiamiento, la ausencia en la reunión de cualquier revista «independiente» marca los límites del problema: todos *dependemos* de algo: una universidad, la Gobernación de un Estado, un municipio, una editorial —oficial—, un ministerio. Que es decir, en realidad, que todos dependemos de alguien, de una voluntad o capricho. Pues ni siendo «institucionales» se han librado estas revistas de largas pausas de silencio en su existir (un par de años en el caso de *Imagen*, tres en el de *Folios*, siete en el de *Solar*: valgan los ejemplos), por desinterés del respectivo jerarca de turno. Y tampoco por ser institucionales quedan cumplidas las condiciones mínimas de una revista «normal»: la de la Universidad de Carabobo no paga las colaboraciones; otras hay —sobre todo las financiadas por entes regionales—

que ni siquiera pagan a su director, jefe de redacción, etcétera...

(Por otra parte, había que aclarar que sí existen en el país revistas culturales independientes, aunque sus heroicos editores no se hayan molestado en venir, pero temo que no pasen, en estos momentos, de dos: *Actual*, eminentemente literaria, y *Cine-oja*, última reducción de la espléndida *Cine al día* de los años setenta. Ambas salen cuando pueden).

Del lado de la difusión, el problema es el mismo de siempre pero agravado: al habitual, el de la distribución, se añade ahora el del propio canje, dado el aumento brutal de las tarifas postales y la falta de franquicias. Por «etapas», se trata de lo siguiente: hay, de entrada, una distorsión, puesto que las revistas culturales venezolanas tienen tiradas y circulación menores que las de los libros respectivos. Con 800-1000 ejemplares de promedio, parcialmente colocados en una veintena de librerías en todo el país, ¿cómo van a ser el vehículo de discusión alguna, de avance de materiales en un estado de maduración previa a la del libro, de presentación de escritores jóvenes? Y esa misma «veintena de librerías» queda como un ideal inalcanzable para publicaciones que no trascienden la región, salvo que sus esforzados editores carguen con ellas de vez en cuando y las traigan a Caracas. Pues sin Caracas no hay nada en este país macrocefálico. Y quienes hacemos revistas en «la provincia» no podemos aspirar al mayor elogio que al conocido: «parece hecha en Caracas». Gracias.

Desde luego, se habló de la entelequia sobre la que se sueña desde hace por lo menos veinte años: una distribuidora nacional de revistas culturales. Seguiremos soñándola. Y se dijo, cómo no, que era el Estado quien debería crearla. Pero también se recordaron los peligros de depender (¿más?) del Estado. ¿Entonces? Como se habló igualmente de fundar una asociación de dichas revistas, que por desgracia —o por suerte— ya existe desde los años sesenta, aunque tan inútilmente que nadie lo recordaba.

Si hay revistas que escapan al problema de la distribución, como *Imagen*, con cinco mil ejemplares y una red que abarca a todo el país, otra que también pertenece al CONAC, y que es sin duda la publicación más lujosa de Venezuela, la *Revista Nacional de Cultura*, con cincuenta años de existencia y 280 números editados, ilustra sin embargo el colmo del absurdo o el grado cero

de la difusión: al ser gratuita, no se encuentra en las librerías, por lo que era enviada por correo a quienes la solicitaban. Pero, en el último año, sus felices destinatarios recibieron la comunicación de que, suspendido el presupuesto respectivo, la *RNC* ya no aparecería en sus buzones como por arte de magia. En suma, quienes la quieran —siempre gratuita— tendrán que ir a buscarla a su misma sede, una casita en una apartada zona residencial de Caracas...

Todo esto es más que anécdota, desde luego. ¿Cabría llamarlo infraestructura o el término ya no es de uso? ¿O condiciones materiales de circulación de los bienes culturales?

Vayamos a la otra «etapa», el desahogo natural de editores entorpecidos por la distribución rudimentaria; el dulce consuelo de que, al menos, existimos «más allá» de la acumulación de ejemplares en torno nuestro; trascendemos, pues: el canje. Como filatélicos, numismáticos y demás coleccionistas, siempre pudimos enviarnos las revistas los unos a los otros y todos juntos a los del extranjero. ¿Que revista venezolana no reservaba cien o doscientos ejemplares para mandar a España, México, Argentina, Chile, Estados Unidos...? Recibiendo, a cambio, otras tantas. Ahora, ni en la misma Venezuela nos alcanza para el canje. Y, con tarifas («impreso aéreo») que oscilan entre 5 y 20 dólares el ejemplar, según el grueso de la revista, sencillamente se acabó el resto del mundo. Con excepciones, como siempre —en este caso, la feliz y delgadísima revista *Poesía*.

He dado cuenta de gran parte de lo que se habló. Recordemos la lluvia, tormentosa, insistente, con su sensación de acoso. Por alguna razón, no había café. Los teléfonos funcionaban mal. Los invitados «de provincia» se quejaban del hotel al que habían sido asignados: era un antro, situado en una zona peligrosísima; muchas energías se gastaron en obtener un cambio, pero sólo se consiguió la última noche. La prensa —una sola periodista, jovencísima y con aire de haberse equivocado de acto— nos acompañó únicamente la primera mañana: recogió, pese a todo, la atmósfera fúnebre de la reunión o inventó unas declaraciones de Desnoes en las que no se sabía si estaba alegre o triste por la desaparición —anunciada justo en esos días— de *Casa de las Américas*.

En realidad, Desnoes poco dijo de *Casa*. Pero sí utilizó dicha experiencia, en sus años iniciales, para plantear

algunas cuestiones (im)pertinentes: más allá de los lamentos, ¿no había que preguntarse por el sentido de hacer hoy, en Venezuela, en Latinoamérica, una revista cultural? ¿A qué proyectos se obedecía? ¿A quién iban destinadas? ¡Faltaba más! ¡Pero si ya estábamos agobiados! ¡Y, apenas, sobreviviéndonos! Poco se avanzó en el terreno del sentido, del proyecto, Latinoamérica o los destinatarios.

Pero, ah ¡no olvidemos a la lectora, esa aparición digna de Italo Calvino que había soportado, en silencio, tres jornadas enteras! Nos reprochó, precisa y justamente, que no hubiéramos dicho nada de ella, de *ellos*, de esa invisible presencia, coro mudo, que tan sobriamente ve-

nía a hablar por su boca. ¿No eran los lectores nuestra razón de ser? ¿No eran lo más importante de una revista? ¿No se hacía para ellos? ¿No eran ellos quienes otorgaban, o no, el sentido? Pues, a decir verdad, en rigor, o sea... que no supimos responderle.

A todas estas, seguía lloviendo. Se redactó una petición de generosa franquicia postal dirigida al correo venezolano (IPOSTEL) que, por alguna vaga razón, quedóse en borrador. Y se aprobó, por unanimidad, celebrar un segundo encuentro. Que haya suerte.

Julio E. Miranda

